



El rostro, cubierto de crema, se rodea de una «valla» que impedirá que la máscara se baje al cuello.



Los ojos están protegidos. La máscara cubre el rostro desde la raíz del cabello a la barbilla.

pios activos. Colocar luego la máscara —que está provista, naturalmente, de orificios para los ojos y la nariz— sobre el rostro y permanecer acostada, en la máxima tranquilidad, durante veinte minutos. Eso es todo.

Nosotros mismos hemos podido constatar que, al cabo de ocho o diez aplicaciones, el cutis de una mujer de 38 años ha recobrado una frescura resplandeciente. Y su rostro parecía rejuvenecido.

Este tratamiento, extraordinariamente eficaz, borra en algunas sesiones las patas de gallo, la inflamación bajo los ojos, el rictus, el doble mentón.

Mucho más económica que la operación de ci-

rugia estética, que asusta a muchas mujeres, esta máscara se presenta como un tratamiento ideal.

No existen para su aplicación contraindicaciones médicas, no produce irritaciones y evita la aprensión que causa la idea del bisturí.

La máscara posee aún otra ventaja: en el caso de que se quiera modificar el rostro afinando las mejillas y acentuando los pómulos, por ejemplo, se «truca» de forma que remodela los rasgos a voluntad.

Unico inconveniente: por ahora, no puede realizarse más que en París. Pero cabe esperar que, dados los magníficos resultados que procura, su uso se extienda a otras ciudades en breve plazo.



Al cabo de dos minutos, nada más, la máscara está seca, y el rostro de la cliente terso, claro, descansado.

CUANDO EL SEXO FUERTE SE CONSTIPA

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

EL otoño, ya se sabe, es la estación de las lluvias, los cielos grises, el frío traicionero y los constipados. Si a nosotros nos ocurre arropar un enfriamiento, decimos: «¡qué lata!», nos tomamos una aspirina, renunciando a llevar por unos días ese encanto de vestido que acabamos de comprarnos y que no tiene nada, pero nada de mangas, y ya está. Pero si el del percance es el hombre de la casa, el asunto adquiere insospechados y dramáticos relieves. Al primer estornudo le invade la inquietud; al segundo, se le pone una moral de soldado en retirada y al tercero se mete en cama reclamando a voz en grito la asistencia médica.

Esto nos parece bien, ya que las pequeñas cosas, tomadas a tiempo, no llegan a males mayores. Viene el médico, ausculta al enfermo y declara, como ya sospechábamos, que se trata de un simple constipado que desaparecerá con un poco de reposo y algún que otro fármaco adecuado.

Lo que ya no comprendemos tan fácilmente, es que el paciente, una vez que el doctor se ha marchado, declare con voz sombría:

—Sí, sí... constipado... Lo que yo tengo es congestión pulmonar, por lo menos.

Y, para fundamentar su afirmación, tose un par de veces, con evidente esfuerzo y falsedad.

Es inútil que aleguemos que el doctor X es un profesional excelente que ya ha salvado de la tumba a varios miembros de la familia. Nuestro hombre moverá la cabeza con gesto desesperanzado y dirá:

—El mejor médico puede equivocarse... Luego dejará caer la cabeza sobre la almohada, recordando las palabras que el Dante leyó a la puerta del infierno: «Abandonad toda esperanza...»

A nosotras, aunque nos parezca que la cosa no es para tanto, nos da pena verle así, tan decaído, sin importarle nada el resultado de los partidos, ni si se desmantela o no Cuba. Pero claro, los chicos llegan del colegio, hay que atenderlos, procurar que coman, ocuparse de la casa y la compra.

—Si necesitas algo —le decimos, dejando en su cabecera una campanilla—, llama.

Y nos disponemos a danzar de un lado a otro para que la vida de la familia continúe con normalidad. Intento inútil. La campanilla, apenas nos hemos alejado unos pasos de la habitación del paciente, suena imperiosa.

—Dame el termómetro... —pide una voz que se hace más débil por momentos.

—Pero si te has tomado la temperatura hace media hora.

—No importa... Siento que me está subiendo la fiebre.

En la varita cristalina, luego de diez minutos de espera, el mercurio indica bien claro «37».

—¿Lo ves? —decimos animadas—. No tienes nada.

—¿Cómo que nada? —protesta, indignado, el «pater familias». Treinta y siete ya es fiebre.

—No. Es normal.

—Será normal en ti. En mí, lo normal son treinta y seis grados y seis décimas. Tengo cuatro décimas de fiebre.

Bueno, lo mejor es no discutir.

—Aun así, no es para preocuparse.

—¿Que no? —responde él con un hilo de voz—. Las peores enfermedades son las que no dan fiebres altas.

La olla a presión está silbando desde hace un rato. El arroz que se pasa. No hacemos más que quitarle del fuego cuando... **SIGUE**



Un aplauso a la inquietud de **MAYRATA O'WISIEDO**

USTEDES la conocen. Es esa muchacha rubia, altísima, con aire de noruega guapa, capaz de pasearse por la Gran Vía en «salakof» y botas altas y de asistir a un estreno con ese traje atrevidísimo que acaba de lanzar la moda francesa y que nos parece imposible llevar con elegancia. Su figura, que lo «soporta» todo, apareció innumerables veces en nuestras revistas femeninas exhibiendo modelos de distintas casas de costura españolas. Pero ella no se conformaba con ser una estupenda maniquí y su inquietud la llevó al teatro.

Apenas iniciada en esta actividad, en el María Guerrero, saltó a protagonista de cine. Junto a Francisco Rabal hizo «La honradez de la cerradura» y poco después «La llamada de África». Pero entonces se le ocurrió pensar que había muchas cosas por ahí fuera que le interesaban y, de un día al otro, estuvo en Roma, en París, en Hamburgo. Volvió de sus viajes con un buen bagaje de experiencias nuevas y... con una colección de collares creados por ella, que las mujeres nos precipitamos a lucir. Collares confeccionados en las materias más inesperadas —judías, habas, cuentas de rosarios antiguos, abalorios de colores, clavos de herraduras— y que resultaban algo auténticamente nuevo, distinto.

El teatro, su vocación inamovible, la atrajo otra vez. Y la aplaudimos en «Sentencia de muerte», «Los papeles de Aspern», «Hay alguien esperando», «Calumnia». Pero otra vez su inquietud la hizo aventurarse en nuevas tareas. Ahora es la pintura. Una forma de pintura que encontró inspiración en los «ex votos» del siglo XVII y que, plasmada en una colección de figuras estilo «naif», sobre cristal, expone actualmente en la Sala Fortuny.

De la calidad, la gracia, la originalidad de estas obras hablará en su momento la crítica especializada. Nosotros ahora, queremos resaltar solamente cuánto nos gusta que una mujer sienta este constante deseo de renovación, este espíritu de lucha, esta búsqueda afanosa de actividades diferentes que son características de Mayrata O'Wisiedo.

A ella y a todas las mujeres que no saben lo que es el aburrimiento, que tienen un espíritu inquieto y abierto siempre a una posibilidad más emocionante o más hermosa, va nuestro sincero aplauso.

CUANDO EL SEXO FUERTE SE CONSTIPA

Entramos en el dormitorio de nuestro enfermo después de haber recorrido el pasillo al galope —Dios mío, ¿por qué harán tan largos los pasillos?—, y nos recibe con un agrio reproche.

—¿Dónde te metes?

Balbuecemos algo acerca del arroz, de los niños, de que son cerca de la una y media... Nada importante, en suma. El quiere una bata para levantarse. Alegrementemente le preguntamos:

—¿Es que te sientes mejor?

—No, peor, mucho peor. Tengo un ahogo que no me deja respirar y me duele el dedo meñique de la mano izquierda. ¿Comprendes?

Este «¿comprendes?», dicho con lúgubre, inequívoca intención, nos hiela la sangre. Ahogo..., dolor en la mano izquierda... El horrible fantasma de la angina de pecho merodea por nuestras cabezas, aunque no nos atrevamos a mencionarlo.

—¿Te acuerdas del pobre Rodríguez? —dice nuestro enfermo, instalado ya en una butaca y envuelto en prendas de lana por todas partes—. También le empezó así.

Desde hace unos minutos están llamando al teléfono y a la puerta; pero no nos atrevemos a dar un paso. El recuerdo del pobre Rodríguez, que desapareció de este mundo hace un par de meses, nos hace reflexionar sobre la futilidad de todas las cosas, incluidas puertas y teléfonos.

Tomamos temblorosas, entre las nuestras, la mano izquierda del hombre de la casa. Está fría. En su dedo meñique, una manchita azulada. La rozamos con el dedo. Un alarido.

—¡Ahí! ¡Ahí es donde me duele!

Menos mal. El alma nos vuelve al cuerpo. Por esta vez, podemos estar seguras de que, gracias a Dios, el hombre que queremos no va a hacer compañía a Rodríguez. Ese es el dedo que el domingo pasado se cogió en la portezuela del coche cuando nos íbamos de excursión a Toledo. De angina de pecho, nada.

El teléfono y la puerta vuelven a protestar haciendo valer sus derechos y, pasado el minuto de infundada angustia, los atendemos. Son los chicos, que llegan del colegio con un hambre de lobos y un señor que pregunta si aquí es el cuartelillo de bomberos. Hay que tener paciencia. Y tiempo suficiente para preparar comidas adecuadas a la «dieta ligera» que aconsejó el doctor, y doce botellas de agua caliente, y otros tantos cacharros humeantes para inhalaciones. Y piernas para recorrer sin desmayos el pasillo cuantas veces suena la campanilla —¿cuántas han sido? Cuarenta y tres? Cincuenta?— y dar al enfermo el termómetro, quitarle la manita, ponerle la manita, ayudarlo a levantarse y a acostarse de nuevo cada cinco minutos.

¿Terrible? No. Al cabo de dos días, como estaba previsto, nuestro hombre se despierta encontrando que, después de todo, la vida tiene alicientes. Se pone en pie, respira hondo, se afeita, se echa su agua de lavanda y sale a la calle como siempre, dispuesto a pelear, a enfrentarse con los mil escollos del trabajo y a vencerlos con su habitual fortaleza y energía.

Este hombre, capaz de levantar casas de treinta pisos, de conducir un camión de cincuenta toneladas, de descubrir la penicilina, de escalar el Kilimanjaro, de meterse en un frente de guerra para telegrafiar una noticia, de interpretar «Hamlet» dos veces al día —el nuestro es un hombre español—, es el mismo que hace apenas unas horas vivía pendiente del termómetro y creía que iba a morir porque había estornudado un par de veces. Curioso, ¿no? Pero no hay razón para criticar. Aquiles, con ser Aquiles, también tenía su talón.

C. V. - V.